

En este ensayo el poeta y escritor Gary Daher Canedo, autor de libros como «El olor de las llaves» y «Canas desde un campo de meses», reflexiona sobre la situación del hombre y la realidad contemporáneas.

Fragmentaciones

(Primera de cuatro partes)

Si me dieran a elegir, yo elegiría
esta salud de saber que estamos muy enfermos

Juan Gelman

Al abrir este ensayo, no puedo dejar de recordar las palabras de Umberto Eco sobre la reflexión de los acontecimientos que suceden: «La función intelectual se ejerce siempre con adelanto (sobre lo que podría suceder) o con retraso (sobre lo que ha sucedido); raramente sobre lo que está sucediendo, por razones de ritmo, porque los acontecimientos son siempre más rápidos y acuciantes que la reflexión sobre los acontecimientos»¹. Sin embargo, el mismo ritmo del que habla Eco ha cambiado, si bien es cierto que la velocidad de los acontecimientos apuran a la reflexión, también debemos admitir que la historia ha ampliado su papel: ya no es aquella que se refiere solamente a sucesos lejanos, clausurados, cerrados; sino que, precisamente, a causa de la aceleración de los procesos, la historia está siendo construida mientras sucede, es decir nos va entregando etapas a velocidad de Schumacher, que se levantan como esclusas de un enorme canal que va a unir el pasado y el futuro: El canal de la contemporaneidad. A propósito de estos hechos intelectuales, no vale, pues, nos dicen los actores de los medios, la excusa de la mala pintura que pueda resultar de nuestro acontecer, ya que actualmente no utilizamos para ello a los pintores realistas, ni siquiera la máquina fotográfica que requiere un proceso químico adicional para devolvernos la imagen, hoy se habla de las cámaras digitales que atrapan el instante y lo muestran inmediatamente en el monitor de video, o lo imprimen en una barata impresora de colores. Es decir que tal como nos aclara Régis Debray «La ecuación de la era visual es algo así como: lo visible = lo real = lo verdadero. He aquí la idolatría revistada (y sin duda redefinida)»². Esta aparente encrucijada en la que, por un lado se plantea que la función intelectual es muy difícil de ejecutarse



sobre los acontecimientos que suceden y, por el otro, donde los analistas de los medios nos dicen totalmente lo contrario, a despecho de la crítica mordaz de los primeros, se presentaría como un camino sin salida. Sin embargo, ante la idolatría de la imagen visual capturada, almacenada y aceptada, despertando de la moliecie de la dificultad que el ritmo de los tiempos levanta debemos oponer la acción del retrato, queriendo decir con esto que se hace necesario desarrollar la interpretación que podemos capturar de nuestra realidad, aun a costa de renunciar a la perspectiva del color. ¿Y cuál es la técnica que nos permite alcanzar a grandes rasgos la realidad con nuestra propia mano en estas circunstancias? Sin duda es el dibujo: ese

trazado que permite la aproximación a los cuerpos y a los hechos, no con la jugosa materia de sus carnes, sino con la frontera correcta de sus nervaduras. Se trata pues de intensificar el momento reflexivo sobre los puntos descollantes y evidentes, pero haciendo precisamente lo contrario a lo que realiza el analista mediático, inmerso en el bosque, se trata de reflexionar mientras se camina, desdoblándose: el cuerpo en el jardín, y el alma fuera del bosque, observando atentamente para dibujar como ese cuerpo tan suyo camina por los senderos que se bifurcan. He ahí el desafío del intelectual que ha asomado su nariz al siglo XXI.

* El hombre contemporáneo

Uno de los dibujos más importantes de estos tiempos es aquél que nos muestra al hombre contemporáneo ya no más animal racional pergeñado como soberano del siglo XX, sino más bien como un animal psicológico, inserto en el mar de las emociones que la tecnología ha configurado como su nueva realidad. Y este animal psicológico se enfrenta hoy con la batalla de siempre: su otredad; solamente que esta nueva otredad es dual: si virtual, incorporada; si real, inasible, lejana.

Pues, mientras que el conocimiento moderno de principios del siglo XX, aspiraba, como muy lúcidamente escribió José Vasconcelos, a ser lo otro, pero no a distancia y separadamente, sino en nosotros mismos. Este proceso se ha dualizado. En tanto que la realidad nos aleja más y más del otro, la virtualidad lo incorpora. Esa la tragedia del hombre contemporáneo.

(Continuará)

